

Sangre y arena eterna

JOSÉ V. GARCÍA

Durii

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento
a todas las personas que, de una u otra
manera, han sido parte de este proyecto.

Especialmente a Rocío, por su apoyo incondicional,
su paciencia infinita y por estar a mi lado
en cada paso de ese proceso. Sin tu amor y
compañía, este libro no hubiera sido posible.

También quiero agradecer a todas esas personas que
me han mostrado su apoyo, quienes me alentaron
y brindaron su tiempo, sus consejos y cariño.

Gracias por creer en mí y en este sueño.

I

Sombras en la arena

El rugido del Coliseo era un latido constante, como si la ciudad de la misma Roma vibrara bajo el peso de las miles de almas reunidas para presenciar la sangre derramada. Bajo las gradas, en las entrañas oscuras del anfiteatro, Cassius aguardaba en silencio. Las cadenas que ataban en sus muñecas a la pared de piedra eran meramente simbólicas; si quisiera, podría romperlas con facilidad. Pero no lo hacía. No aquí, no aún.

El metal frío de su armadura pesaba sobre su piel como un recordatorio de lo que debía fingir ser: un hombre, uno más entre los esclavos y prisioneros de guerra condenados a luchar por el entretenimiento de los romanos. A su lado, otros gladiadores se preparaban en silencio, algunos rezando a sus dioses, otros temblando ante la perspectiva de una muerte rápida y brutal.

Cassius cerró los ojos y respiró hondo, dejando que el aroma del sudor, la tierra y la sangre vieja lo envolvieran. A través de las gruesas paredes de piedra, podía escuchar los gritos de la multitud al otro lado de la puerta de madera que los separaba de la arena. Podía oler la vida vibrante de cada hombre y mujer allá afuera, sus corazones latiendo, su sangre caliente corriendo por sus venas.

Su sed era una bestia que siempre acechaba en la oscuridad de su ser, pero la mantenía bajo control. Lo había aprendido con los siglos, con experiencia que solo una existencia condenada a la eternidad podía otorgar. No era el hambre lo que lo atormentaba en ese momento, sino algo más profundo: el cansancio de vivir entre los mortales, sintiendo la muerte a su alrededor muentras él permanecía eternamente joven, invulnerable a las garras del tiempo.

—Cassius —la voz grave de Marcus, uno de los veteranos gladiadores, lo sacó de su ensimismamiento—. Es nuestro turno.

Cassius abrió los ojos y asintió. Se levantó, moviéndose con la agilidad de un depredador que siempre estaba listo para cazar. La puerta de madera comenzó a crujir, levantándose poco a poco

mientras la luz del sol, brillante y cruel, comenzaba a filtrarse en la penumbra del pasillo.

—Recuerda, mantente a mi lado —le dijo Marcus, con un tono casi paternal. Era un hombre fuerte, con cicatrices de batallas pasadas que marcaban su piel como una historia escrita en carne viva. Marcus pensaba que era su protector, un hermano de armas que lo guiaría en la arena. No sabía que el verdadero monstruo era el que caminaba a su lado.

La luz golpeó de lleno cuando finalmente cruzaron la puerta. El sol estaba en su apogeo, abrasando la arena blanca que parecía reflejar el calor de mil fuegos. Cassius sintió el golpe de la luz en su piel, no lo suficiente como para quemarlo, pero sí para recordarle su debilidad. El Coliseo estalló en vítores y gritos, una marea ensordecedora de rostros distantes y cuerpos ansiosos por la violencia.

Mientras avanzaban hacia el centro de la arena, Cassius observó a su alrededor. El escenario estaba preparado: armas dispersas en el suelo, trampas ocultas bajo la arena, y a lo lejos, en el palco principal, la figura del emperador se erguía como un dios entre los hombres, observando con una mezcla de indiferencia y placer. A su lado, los nobles y aristócratas comentaban entre risas y miradas lascivas, como si la muerte y el dolor fueran simplemente una obra de teatro más para disfrutar.

Pero fue otra figura la que atrapoó su atención. Livia. Sentada a la derecha del emperador, con un vestido de seda púrpura que caía como un río suave sobre su cuerpo, lo observaba fijamente. Sus ojos eran dos pozos oscuros, profundos e insondables, y Cassius sintió un escalofrío recorrer su espalda. Había algo en esa mujer, algo que no terminaba de comprender pero que sabía que la hacía peligrosa. Sus miradas se cruzaron por un instante, y una leve sonrisa apareció en los labios de Livia, como si supiera algo que él aún no había descubierto.

El sonido metálico de una espada chocando contra el suelo lo devolvió a la realidad. Del otro lado de la arena, las puertas se abrieron de nuevo, y cuatro hombres emergieron. Gladiadores, sí, pero no cualquiera. Eran bestias entrenadas, muculosas, armadas con lanzas y escudos pesados, y sus rostros mostraban una crueldad que solo podía provenir de años de lucha y supervivencia en la arena.

Marcus se tensó a su lado.

—Son de lo mejor. No será fácil.

Cassius no respondió. Lo había visto muchas veces antes. Humanos, hombres condenados a morir por el entretenimiento de otros. Nada de lo que sucedería en esa arena podría sorprenderlo. El combate era solo una danza de sangre y muerte, y él ya conocía todos los pasos.

El cuerno sonó. El combate había comenzado.

Los primeros en moverse fueron los cuatro gladiadores, avanzando con una velocidad inesperada, dispuestos a acabar con sus rivales antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Marcus levantó su escudo justo a tiempo para bloquear el primer golpe de lanza, pero Cassius apenas se movió. En el último segundo, esquivó un ataque dirigido a su cabeza, girando con una elegancia sobrenatural.

Con cada movimiento, sentía el tirón de su naturaleza vampírica, esa fuerza oculta que lo hacía más rápido y fuerte que cualquier hombre. Pero no podía revelarse. No aquí. No frente a la multitud que lo observava. Aún no.

Uno de los gladiadores intentó atacar por su flanco, y Cassius lo recibió con un golpe en el estómago que lo hizo retroceder, jadeando. Los otros rodeaban a Marcus, que luchaba con todo lo que tenía, pero la presión era demasiada.

Era hora de elegir. Podía dejar que Marcus muriera, como tantos otros antes de él, o usar lo que realmente era.

La arena, al igual que la vida, estaba hecha de decisiones. Y Cassius estaba a punto de tomar una que cambiaría el curso de su destino para siempre.

Cassius Observó a Marcus caer de rodillas, su escudo astillado por los golpes repetidos de los gladiadores enemigos. La sangre corría por su brazo, pero la determinación en sus ojos aún brillaba. Marcus era un luchador, uno de los pocos hombres que había mostrado bondad en este mundo cruel. Y ahora, estaba a un solo paso de la muerte.

El público rugía, ansioso por más sangre, por ver la vida de un gladiador extinguirse ante sus ojos. Livia, desde su lugar en el palco, lo observaba con una intensidad inquebrantable, esperando ver hasta dónde llegaría Cassius antes de que su verdadero poder

saliaera a la luz. Él lo sabía. Podía sentir sus ojos quemando su piel, buscando descubrir lo que se ocultaba en él.

La lanza de uno de los gladiadores se levantó, apuntando el cuello de Marcus. Era un golpe mortal, rápido e inevitable. Si Cassius no intervenía ahora, su compañero estaría muerto en segundos.

La multitud se desvaneció. El Coliseo, los gritos, el calor del sol abrasador… Todo quedó en segundo plano mientras Cassius permitía que la oscuridad de su ser, ese monstruo dormido, se despertara. Los colmillos, que siempre mantenía ocultos, se deslizaron por su boca, apenas perceptibles bajo su labio superior. Su visión se agudizó, los colores se hicieron más intensos, y el sonido de la respiración pesada de los gladiadores rivales se hizo insoportablemente claro.

En un abrir y cerrar de ojos, Cassius se movió. La velocidad que utilizó no era natural, no para un hombre. La arena crujió bajo sus pies, pero sus movimientos fueron un borrón ante los ojos del público. En un solo gesto, su mano atrapó la lanza justo antes de que atravesara a Marcus, desviándola con una fuerza sobrehumana. El gladiador que sostenía la lanza apenas pudo reaccionar antes de que Cassius lo empujara con una violencia que lo lanzó al suelo varios metros más allá.

Marcus, aún de rodilas, lo miró con incredulidad, jadeando. «¿Cómo…?».

No hubo tiempo para explicaciones. Los otros tres gladiadores, desconcertados por la repentina intervención, se reagruparon. Cassius, aún conteniéndose, los enfrentó. No podía permitirse liberar toda su fuerza, pero tampoco podía seguir fingiendo ser uno más.

El primero cargó hacia él con una espada corta, y Cassius lo evadió con una facilidad que dejaba claro que no estaba en igualdad de condiciones. Un giro rápido, un movimiento preciso, y la espada del enemigo cayó al suelo, rota en dos. Cassius lo apartó de un empujón, mandándolo rodar por la arena. El segundo gladiador, armado con un tridente, intentó acorralarlo, pero Cassius anticipó el ataque, esquivando cada embestida con una rapidez inhumana, hasta que encontró una abertura. Un solo golpe al estómago y el hombre se dobló sobre sí mismo, cayendo de rodillas, incapaz de continuar.

El último gladiador, viéndose solo, retrocedió un paso, su expresión de confianza rota. Sabía que algo estaba mal. Lo que enfrentaba no era un simple gladiador.

Cassius lo miró, los ojos brillando con una luz oscura. No quería matarlo, pero la multitud clamaba sangre. Este era el juego. Esta era la ley de la arena. El hombre avanzó, con miedo pero decidido a luchar por su vida. Cassius lo esperó, midiendo cada paso, cada respiro de su rival.

El choque final fué rápido. El gladiador atacó con un grito de desesperación, y Cassius lo detuvo con una llave rápida, inmovilizando su brazo y dejándolo indefenso. La espada del hombre cayó de sus manos y, en un solo movimiento, Cassius lo arrojó al suelo, incapaz de continuar.

El silencio se extendió por un breve instante antes de que el Coliseo explotara en vítores. El combate había terminado, y Cassius estaba de pie, invicto.

Marcus, apoyado en su espada, se lavantó lentamente, aún en estado de shock

—¿Qué… qué eres tú? —murmuró, apenas audible entre el rugido de la multitud. Cassius lo miró de reojo, con una expresión vacía, sabiendo que pronto tendría que enfrentarse a esa pregunta. Pero no hoy.

Le tendió la mano a Marcus, ayudándolo a ponerse de pie.

—Hoy, somos supervivientes —dijo simplemente, sabiendo que la verdad debía permanecer ocuta un poco más.

Pero no podía escapar de la mirada de Livia. Ella lo había visto. Lo había notado. Y mientras Cassius levantaba la espada hacia la multitud en señal de victoria, supo que este solo era el principio. Las sombras de Roma estaban empezando a moverse, y su secreto ya no sería solo suyo.

En lo alto del palco, Livia sonreía.